

LA CULTURA Y EL PROGRESO SOCIAL

RAFAEL GAMA QUIJANO
Gerente Banco de la República



Debo agradecer a los organizadores de este interesantísimo Foro la oportunidad que me brindan de hacer algunas consideraciones sobre la cultura, pero particularmente sobre lo que ella demanda como esfuerzo económico para impulsarla en términos que satisfagan realmente las necesidades de la comunidad en este campo de tanta significación. Un foro de la naturaleza de éste tiene que despertar el interés de todos aquellos que de alguna manera tengan que ver con el fenómeno de la cultura, bien porque sus actividades particulares se desarrollan en ese medio, o bien porque han tomado conciencia de que un orden social propicio para el trabajo no puede ser posible sin un orden cultural debidamente constituido.

Es natural, por lo mismo, que la preocupación por los asuntos de la cultura sea general entre los ciudadanos, sin que importe el rango social o la particular ocupación. En efecto, no ha habido filósofo, pensador o simple divulgador intelectual que, al tratar sobre lo que usualmente se denomina "el porvenir de los pueblos", no haya dedicado especialísima atención al estudio de lo que representa la cultura como estímulo de progreso social. Puede decirse, inclusive, que no hay desarrollo ni progreso, en ningún campo de la actividad, sea esta pública o privada, personal o colectiva, si no media en escala considerable el factor cultural. Nadie pone en duda, ciertamente, el altísimo papel que juegan en todas las humanas empresas los valores espirituales, que para el caso se confunden obviamente con los valores morales y en buena parte con los valores históricos.

Se ha dicho que el hombre está condicionado en su formación y en su conducta por este elenco de valores. Y es evidente que así ocurra. El hombre, se ha reiterado también con énfasis, es el producto de su medio. Sobre esto existen, lúcidamente expuestas por notables pensadores, muy sugestivas teorías. De modo que toda preocupación por el desempeño de los hombres en comunidad, como por el propio destino de los pueblos en su gran alcance social y político, involucra necesariamente una preocupación por el desarrollo de la cultura, por ser ésta la que proporciona las verdaderas bases de la prosperidad humana.

Este sencillo planteamiento, que no tiene más atractivo que el de ser cierto, constituye en mi modo de ver la razón primordial de esta reunión. Quiero entender que quienes hemos participado en este foro, lo hemos hecho porque sabemos que todo empeño por mejorar las condiciones de vida de los colombianos trae aparejada la preocupación por las formas de su cultura, por los valores de su formación intelectual y moral y por los principios que gobiernan su conducta pública y privada. A todos nos asiste, pues, el mismo deseo de colaborar en esta noble empresa de impulsar la cultura y de preservar para las futuras generaciones sus espléndidos frutos.

Yo confieso con sincera humildad que no me es posible desempeñar con propiedad el encargo que los organizadores del foro me han dado, cuando han querido que yo hable sobre el financiamiento de la cultura. Enunciado así, casi a la ligera, el tema propuesto puede parecer elemental, sencillo y fácil. Y así lo tomé en un principio, cuando se me pidió que lo expusiera en esta sesión. Me parecía entonces que todo el problema relacionado con el finan-

ciamiento de la cultura quedaba circunscrito en gran parte al solo campo de la economía. Y que si se contaba con recursos adecuados bien podía darse por solucionado todo el problema. Pero esta visión no era exacta, o por lo menos no lo era completamente. Fue entonces cuando me pareció procedente examinar con algún cuidado el sentido propio de la cultura, como realidad y como perspectiva, y ver luego la cuestión financiera, también como realidad y como perspectiva, limitado todo esto, como es obvio, a nuestra propia patria.

No se me escapa el hecho de que su desarrollo entre nosotros, no obstante los desvelos con que la promueven instituciones y personas del sector público y del privado, no muestra todavía plenamente la pujanza que haga creer en su vitalidad, en su fuerza, en su capacidad expansiva y popularmente fructificadora. Tenemos una cultura de minorías, es decir, una cultura exclusivamente intelectual, reducida a ciertos grupos privilegiados, considerando éstos, desde luego, en el mejor sentido de la palabra.

La cultura intelectual de que hablo se diferencia mucho de esa otra que convive más a nivel de la masa, que es menos refinada pero que podía ser más auténtica. En realidad, bien vistas las cosas, es justo reconocer que en Colombia la cultura se halla, en sus núcleos primordiales, en un nivel en que ya no es posible definirla sino dentro del amplio esquema de la llamada cultura supranacional. No es difícil identificar en Colombia a los representantes de esa cultura, porque ellos se asemejan notablemente a los de otros medios y latitudes. Aquí podíamos evocar ahora a no pocos ensayistas, poetas, novelistas y escritores en general, que en nada se diferencian de sus congéneres de otros países de superior desarrollo, inclusive los europeos, en cuanto a calidad de conocimientos, forma de encarar los desafíos del medio en que se desenvuelven, sentido y peso de su influencia en la comunidad, y forma de reaccionar ante los fenómenos políticos.

Pero esta universalidad de los intelectuales es ya un distintivo de los tiempos modernos. Es evidente que el mundo se ha reducido en su ámbito, en la medida en que se perfeccionan los medios de comunicación puestos en marcha por los procedimientos de la electrónica. Así, por ejemplo, un escritor ubicado en París no necesita para dialogar con otro localizado en cualquier sitio del planeta, sino un simple acto de voluntad. Puede decirse que hoy todos los intelectuales del mundo son vecinos. Como puede decirse, así mismo, que todos los conocimientos que encierra la civilización están, de una manera u otra, en potencia propinqua de ser adquiridos por cualquiera que lo desee, en la forma más inmediata y descomplicada. Semejante facilidad ofrece un doble y contradictorio aspecto, pues si de un lado generaliza a escala universal los conocimientos, de otro produce funesto desinterés por los valores cuya base de sustentación está dentro de las propias fronteras nacionales. Al acentuarse el carácter indudablemente absorbente de la cultura intelectual de tipo internacional, se debilita, obviamente, el carácter autóctono, diríamos doméstico, de esas formas rudimentarias pero válidas de la denominada cultura popular.

Nada puede objetarse al desarrollo de esa cultura ecuménica, mientras con ello no se sofoque y se anule la cultura nacional. La una no puede subsistir y expandirse a expensas de la otra. La mira en esto debe estar puesta en

buscar el equilibrio hasta alcanzar lo que constituiría ciertamente un prodigio asombroso: estimular las formas de la cultura universal con el mismo sostenido empeño con que se procedería con las formas de la cultura autóctona. Los griegos y los romanos abrieron las puertas del mundo al milagro de la civilización y enriquecieron de dones sobrenaturales el espíritu del hombre ecuménico. Pero no estuvo decretado entonces, no lo ha estado en realidad nunca, que el advenimiento de nuevos valores culturales signifique la destrucción de los antiguos. Si tal cosa hubiera ocurrido, ni Roma ni Atenas habrían sobrevivido a las invasiones, como no hubieran sobrevivido con sus peculiares formas culturales todos los pueblos que antes y después sufrieron o promovieron invasiones. Las guerras, es cierto, se libraban entonces con saña implacable, pero en el ánimo de los vencedores no estuvo nunca seriamente arraigado el propósito de aniquilar en los vencidos toda expresión autóctona de cultura, así fuera enteramente primitiva. En esto se observa un elemento sorprendente de supervivencia por parte de todos los pueblos. Si llegaba el invasor, el invadido lo combatía con fuerza militar y aún con su sosiego doméstico, sustrayéndose en todo a su influencia, pero menos en lo que hacía con su cultura, si podía tomar de ella elementos y valores que enriquecieran la suya propia. Así se formó, con el correr de los siglos y el discurrir de la historia, el gran depósito universal de la cultura.

Por eso, si ahora invoco la buena voluntad de los colombianos hacia el desarrollo de los múltiples aspectos que ofrece nuestro patrimonio cultural, no es porque simultáneamente, o consecuencialmente, deban debilitarse los estímulos a esa otra forma de valores universales. Sin ceder un punto en los esfuerzos que ya por siglos se han hecho para aclimatar en nuestro medio la cultura occidental, debe pensarse en nuevos y cada vez más poderosos estímulos para el incremento de una eficaz, seria y sostenida investigación de los valores históricos, artísticos y científicos de nuestro pasado nacional.

En nuestro país, a lo largo de toda su historia, bien se haga referencia a la época de sus primitivos moradores, a la Conquista, a la Colonia, a la Independencia o a la República, han sido múltiples las manifestaciones culturales. Muestras de ello, tomadas al azar, son las piezas de orfebrería y cerámica de las culturas Calima, Tayrona, Chibcha y Quimbaya, la gigantesca y misteriosa estatuaria de la civilización agustiniana, los escritos de Jiménez de Quesada, Juan de Castellanos, Rodríguez Freile o de la tunjana Francisca Josefa del Castillo; las construcciones y la imaginería religiosa de muchos de nuestros templos; los cuadros de Vásquez Ceballos y Figueroa; las obras musicales de Gutiérrez Fernández, de Herrera, de Jiménez, etc. y las de carácter popular mezcla de lo español, lo indígena y lo negro; las obras de la Expedición de Mutis, que incluye las valiosas colaboraciones de Caldas, Zea y otros; el "Papel Periódico de Santa Fé de Bogotá" de Manuel del Socorro Rodríguez; los centros de educación y escuelas, fundados a la culminación del movimiento de independencia; los aportes de la Comisión Corográfica; los poemas de Vargas Tejada, José Eusebio Caro, Pombo, Silva, Valencia y Flórez; las novelas de Carrasquilla e Isaacs; el "Papel Periódico Ilustrado" de Urdaneta; las obras de lingüística de Caro, Cuervo y Suárez y, en fin, la importante obra literaria, periodística, plástica y filosófica del hombre colombiano del siglo XX.

Todo este movimiento artístico y cultural ha sido el fruto del "ocio creador" de nuestros aborígenes cuando la actividad guerrera no se lo impedía; de la formación humanística de conquistadores, expedicionarios, libertadores y gobernantes; de la amistad o entendimiento de guerreros y jefes de estado con los hombres de letras y del apoyo a nuestros escritores y artistas por parte de la iglesia evangelizadora, de nuestros gobernantes y de las personas e instituciones con sensibilidad y recursos financieros.

Permítaseme ahora recordar, a manera de ejemplo, cómo el Banco de la República, guiado tal vez por un impulso instintivo de tipo nacionalista de sus diferentes directores, ha orientado siempre sus actividades culturales en ese sentido, y lo ha hecho con dedicación y desinterés.

Este sano criterio que viene ya desde los lejanos tiempos de don Julio Caro, ha inspirado las labores que en este campo cumple el Instituto Emisor. Sin querer incurrir en el feo pecado de la inmodestia, puedo aquí enumerar algunas de las acciones que en los tiempos presentes continúa adelantando nuestro banco.

A través de la Fundación para la Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural Colombiano, con el concurso insustituible del Instituto Colombiano de Cultura, del Banco Central Hipotecario y de la Corporación Nacional de Turismo, se realizan obras como el Convento de San Agustín, el Templo de Santo Domingo y la casa de Juan Vargas en Tunja; el conjunto monumental de Monguí; el Templo Doctrinero de Tópaga; la restauración de las iglesias de la Encarnación y de San Francisco, en Popayán; la reconstrucción del Fuerte de San Juan de Manzanillo y del Teatro de Heredia en Cartagena; la erección de la Casa de Huéspedes Ilustres de Colombia, en la misma ciudad de Cartagena; la terminación del Teatro Municipal de Barranquilla; la reconstrucción de la antigua Estación del Ferrocarril de Caldas, en Manizales, para no enumerar algunas otras.

La Fundación de Investigaciones Arqueológicas, constituida con aportes de capital principalmente del Banco de la República y el Banco Central Hipotecario ha promovido cerca de sesenta investigaciones científicas en arqueología, antropología, y otras de no menor utilidad. Esta Fundación cada día estará en mejores condiciones de prestarle a Colombia en este campo una contribución valiosísima.

Tampoco puedo dejar de mencionar la Fundación que se ocupa del Jardín Botánico "Guillermo Piñeres", en Cartagena, que está a punto de darse al servicio de la comunidad y que será uno de los más hermosos en su género de América.

También debo destacar la encomiable tarea que viene adelantando con aportes del Banco de la República y el Banco Central Hipotecario, la Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología, para lo cual dispone de recursos financieros y humanos de especial significación.

De otra parte el Banco, anexas a sus nuevos edificios, está construyendo cerca de diez importantes bibliotecas en diversas ciudades del país.

Las actuales Directivas del Banco de la República desean renovar en esta ocasión, por mi conducto, su más decidida voluntad de seguirle prestando a estas labores culturales y científicas la más grande atención.

Sería inexcusable de mi parte dejar de exaltar campañas de esta misma índole, también acometidas por otras generosas instituciones, algunas de las cuales se hallan representadas en este recinto por eximios ciudadanos que, a su condición de eminentísimos exponentes de la industria y las finanzas, suman excepcionales dotes de inteligencia y cultura.

Ellos son acreedores al reconocimiento nacional por los valiosos aportes que han hecho al incremento en Colombia de las letras y las artes. Conjuntamente con ellos seguirá siendo gratísimo trabajar por el rescate de nuestro patrimonio cultural, mediante los mecanismos financieros más adecuados.

La feliz idea que ha tenido esa mujer singular de nuestros tiempos, con quien Colombia tiene ya contraída incancelable deuda de gratitud por todo lo que ha hecho en favor de la cultura, Gloria Zea de Uribe, de crear un ente jurídico de naturaleza mixta, destinado a la producción, distribución y comercialización de bienes culturales, constituye todo un acierto no solo desde el punto de vista de la defensa de quien demanda tales obras al propender por una producción seria y eficiente, sino también del amparo del propio artista o autor, al facilitarle la adquisición en términos razonables de las "herramientas" y "materias primas" necesarias para su producción, así como la venta correspondiente a precios justos.

Para estas tareas, "Procultura", como empresa de envergadura que es, requerirá de un capital sólido para su organización y funcionamiento, el cual aspira a cubrir mediante la suscripción de acciones o aportes de organismos gubernamentales y privados. Pienso yo que, si tuviese además acceso al crédito de corto y mediano plazo en condiciones favorables, podrá, dentro de una órbita más amplia, financiar aquellas obras que, dentro de un orden de prioridades, juzgue de mayor trascendencia para el país.

De ahí que me atreva a sugerir en el día de hoy que aquellas empresas públicas o privadas que generosamente vienen financiando con parte de sus ingresos o utilidades labores artísticas o culturales, dirijan una porción de tales valores hacia un Fondo Financiero, sin ánimo de lucro, destinado a otorgar créditos en términos blandos a las entidades, fundaciones y personas naturales o jurídicas que propendan por el arte y la cultura.

De este modo, la nueva idea fecunda de la ilustre Directora de Colcultura muy probablemente se verá respaldada por este Fondo Financiero que me permito proponer a la consideración de las importantes personalidades que discutirán en seguida este tema, y que si bien es cierto, en un principio no sería de gran monto, sin embargo con el apoyo de los buenos ciudadanos y de instituciones nacionales e internacionales, podría ofrecer en el futuro una dimensión muy significativa.

Qué útil sería contar con una institución económica de esta naturaleza para la realización de todas las actividades culturales dignas de su apoyo, y qué nuevo título de orgullo ganaría Colombia al dar ejemplo a muchos otros países de haber establecido en su propio suelo lo que en un futuro no muy lejano podría llegar a ser una entidad que constituiría el pilar más vigoroso para todas las inquietudes del espíritu: El Fondo Financiero para el Fomento de la Cultura.

Al reiterar mis agradecimientos por la invitación que se me hizo para emitir algunos conceptos sobre tema tan apasionante, quiero expresar mi más vehemente deseo porque este Foro auspiciado por el propio señor Presidente de la República, doctor Julio César Turbay Ayala, y por el ilustre ex-presidente doctor Alberto Lleras Camargo, y tan espléndidamente organizado por la Directora de Colcultura, doña Gloria Zea de Uribe, por el inteligente y dinámico Presidente de ANIF, doctor Ernesto Samper Pizano, y por los destacados intelectuales, doctores Alberto Lozano Simonelli, Gerente de Procultura, y Jorge Eliécer Ruiz, Director de la Biblioteca Nacional, produzca los más fecundos frutos para bien de nuestra Patria.

RAFAEL GAMA QUIJANO